sus fuerzas para representar un papel que le traiga generales aplausos.

—No quedas aún relevado de la guardia—dijo Luís á Durward—pero toma algún alimento; esta mesa te proporciona los medios. Luégo después te instruiré de lo que te resta que hacer, pues no ignoro que el hambriento no tiene oídos.

Sentóse de nuevo en su sillón, apoyó la frente en su mano y guardó silencio.

CAPÍTULO XI.

La galería de Rolando.

> Los artistas nos representan ciego á Cupido.—¿Tiene ojos el himeneo? ¿Ó bien pervierten su órgano visual aquellos lentes que le prestan los padres, tutores ó consejeros para que mire tierras, posesiones, joyas y toda clase de bienes y riquezas y vea gracias á ellas su valor diez veces multiplicado?—Á mi parecer cuestión es esta digna de meditarse.
>
> *Desdichas de un casamiento.*

Por más que Luís XI, rey de Francia, fuese el soberano de Europa más apasionadamente celoso de su poder, sabía sin embargo contentarse con la sustancia, y sin dejar de conocer y exigir algunas veces con escrupulosidad lo que era debido á su elevada clase, solía en general desatender lo que sólo tenía relación con el mero ceremonial exterior.

En un príncipe de mejores prendas, la familiaridad con que admitía á su mesa á varios de sus vasallos y sentábase aun algunas veces á la suya, hubiérale acarreado extremada popularidad exterior. Aun á pesar de su bien conocido carácter, la sencillez de sus costumbres hacía que disimulasen una buena parte de sus vicios aquella clase de sus súbditos que no se veía expuesta por ningún estilo á ser víctima de sus maquinaciones. El estado llano, que bajo el reinado de este príncipe sagaz, elevárase á un grado de opulencia é importancia no conocida hasta entonces, respetaba su persona aunque sin amarle, y á su poderoso apoyo debió el poder sostenerse contra el encono de los nobles, que acusaban al rey de degra-

dar el honor de la corona de Francia y deslustrar sus espléndidos privilegios con aquel mismo desprecio de la etiqueta que tanto agradaba á los ciudadanos de la clase media.

Aguardó el rey de Francia que uno de sus guardias hubiese satisfecho la voracidad de su juvenil apetito con una paciencia que otros muchos príncipes miraran como degradante, tomándola él sin duda por objeto de diversión. Debe suponerse, sin embargo, que Quintín tenía demasiado juicio y prudencia para sujetar la paciencia del rey á muy dilatada y fastidiosa prueba; y, efectivamente, probó varias veces terminar la comida sin que Luís se lo permitiese.

—No no—le dijo bondadosamente—ya leo en tus ojos que aún te queda valor para más. Adelante: por Dios y san Dionisio vuelve á la carga; una buena comida y una santa misa (santiguóse al decir esto) nunca pueden perjudicar á un buen cristiano. Cuélate un vaso de vino; pero cuidado con el zumo de parras: este es el escollo de tus compatriotas, lo propio que de los ingleses, que, dejando este defecto, son los mejores soldados que visten armadura. Vámos, lávate prontamente las manos, no te olvides de rezar las gracias y sígueme.

Quintín obedeció, y conducido por una infinidad de corredores diferentes de aquellos por donde había ya pasado, pero que formaban igualmente una especie de laberinto, hallóse en la galería de Rolando.

—Acuérdate bien—le dijo el rey con tono imperativo—de que nunca te has separado de aquí; y cuidado que no has de dar otra respuesta á tu tío y á sus camaradas. Atiende: para grabar esta orden en tu memoria te regalo esta cadena de oro (y le echó al brazo una cadena de gran valor). Si yo no gusto de ataviar mi persona, no por esto aquellos á quienes concedo mi confianza dejan de tener los medios de rivalizar con el más pintado. Pero cuando una cadena como esta no basta para sujetar una lengua harto indiscreta, mi compadre el Ermitaño tiene un amuleto para el gaznate que nunca deja de curar radicalmente. Ahora bien, atiende lo que voy á decirte. Ningún hombre, excepto Olivier y yo, debe entrar aquí esta tarde, pero vendrán señoras acaso de un extremo de la galería, acaso de otro, tal vez de los dos. Puedes contestar si te preguntan; pero dando guardia, tu respuesta debe ser concisa, y guárdate bien de dirigirles la palabra á tu vez, ó de dar pié

para que se dilate la conversación; pon sobre todo gran cuidado en escuchar lo que digan; tus oídos no están menos á mi servicio que tus brazos. Yo te compré en cuerpo y alma; de consiguiente, lo que puedas recoger de su conversación lo grabarás en tu memoria hasta que me lo hayas referido, después de lo cual lo olvidarás.... Me ocurre una idea muy á propósito: valdrá más que pases por un recién llegado de Escocia, venido directamente de sus montañas y que no entiende todavía nuestra lengua, ¡bravo! De este modo, si te hablan, tú no les contestarás. Esto te librará de toda sujeción y hablarán con más libertad delante de ti. Ya me has comprendido; adios: sé prudente y tienes en mí un amigo.

Luégo que el rey hubo dicho esto, desapareció entre los tapices, dejando á Quintín con entera libertad para reflexionar sobre cuanto había visto y oído. Hallábase el joven en una de aquellas situaciones en que es más agradable mirar adelante que detrás, pues la idea de haberse visto como un cazador acechando un ciervo detrás de un zarzal para quitar la vida al noble conde de Crève-Cœur, nada tenía de lisonjero. Es verdad que las medidas tomadas por el rey en esta coyuntura parecían puramente defensivas y de precaución, pero ¿quién le aseguraba que no recibiese dentro de poco órdenes terminantes para alguna expedición ofensiva del mismo género? Sería esta una crisis muy apurada para él, pues no podía dudar, atendido el carácter del rey, que se perdería dejando de obedecer, en tanto que el honor le presentaba la obediencia en este caso como un oprobio ó un crimen. Procuró variar el rumbo de sus reflexiones, y acogióse al sabio consuelo adoptado frecuentemente por la juventud cuando ve venir males de frente, pensando que sobrado tiempo tendría, cuando la ocasion llegara, para reflexionar lo que debiese hacer, y que no había necesidad de aumentar con la idea de un desgraciado porvenir los males con que diera á cada paso.

Fuéle tanto más fácil á Quintín adoptar este sistema de alivio, cuando las últimas órdenes del rey diéranle lugar á ocuparse de halagüeñas ideas que no le inspiraba su propia situación. La dama del laúd era seguramente una de las que debía vigilar; é hizo firme propósito de cumplir con exactitud una parte de las instrucciones que recibiera de Luís, recogiendo con el mayor cuidado todas las palabras que saldrían de sus

labios, á fin de calcular si la magia de su conversación igualaba á la de su habilidad en la música; pero con igual sinceridad prestó interior juramento de no poner en noticia del rey más de lo que fuera capaz de inspirarle sentimientos favorables al objeto por quien tomaba tanto interés.

Esta vez no había peligro de que se durmiese, como antes había sucedido. Cada soplo de viento que, pasando por una ventana abierta, agitaba la antigua tapicería, presentábasele como preludio de la llegada del hermoso objeto de su expectación. En una palabra, experimentaba aquella misteriosa inquietud, aquella vaga impaciencia que acompaña siempre al amor y contribuye no pocas veces á producirle.

Abrióse por fin una puerta, rechinando sobre sus goznes, pues las puertas del siglo décimo quinto no se prestaban á esta operación tan silenciosamente como las nuestras. Pero ¡ah! No era la puerta colocada al extremo de la galería donde resonaran los acentos del laúd. Apareció en su umbral una forma femenina que, habiendo hecho una seña para que no la siguiesen á dos damas que la acompañaban, se adelantó sola dentro de la estancia. Por la imperfección de su porte y la irregularidad de sus pasos, que se hacía más perceptible en una sala tan vasta, Durward conoció en seguida á la princesa Juana, y tomando la actitud respetuosa que exigía su situación, rindióle los honores militares cuando pasó por delante de él. La princesa correspondió á su saludo con una graciosa inclinación de cabeza, y Quintín tuvo entonces ocasión de verla más distintamente que por la mañana.

Las facciones de aquella desgraciada princesa nada ofrecían que fuese capaz de hacer olvidar los defectos de su andar y de su talle. Por cierto que en su fisonomía no se notaba cosa desagradable en sí misma; y que sin embargo de verse sin las gracias de la hermosura, aún brillaba cierta expresión de agrado, de amargura y de paciencia en sus rasgados ojos azules, que solía tener siempre bajos; pero á más de carecer enteramente de color, tenía su cutis aquel tinte amarillento que indica una enfermedad habitual, y sus pálidos y poco carnosos labios destruían la ventaja de unos blancos y bien situados dientes. Juana tenía muy apiñada cabellera, de un matiz rubio muy singular con punta de azul; y su doncella, que sin duda consideraba como una gracia las abundantes trenzas de su señora,

le había hecho muy poco favor, pues la había peinado formándole numerosos rizos en derredor de su rostro, cuya palidez hacían resaltar aún más, dándole una expresión que no parecía propia de un habitante de este mundo. Por fin, para completar la obra, Juana llevaba un vestido de seda verdebajo, que acababa de darle el aire de un espectro ó de un cadáver.

Mientras que Quintín iba siguiendo con la vista aquella singular aparición con una curiosidad que se confundía con la lástima, pues cada mirada, cada gesto de la princesa parecía despertar este último sentimiento, abrióse una puerta al extremo de la galería, y entraron en ella dos señoras.

Una de ellas era la misma joven que, cumpliendo con la orden del rey, presentárale la fruta en el memorable almuerzo de la posada de la *Flor de lís*. Revestida ahora de toda la dignidad misteriosa de la ninfa del laúd y del velo, con el carácter, á lo menos según conjeturas de Durward, de noble heredera de un rico condado, causóle su hermosura diez veces más impresión que cuando sólo miraba en ella la hija de un pobre posadero sirviendo á un viejo rico y extravagante. No podía atinar qué poderoso encantamiento le cegara entonces para no columbrar su verdadera calidad. Sin embargo, su traje era tan sencillo como la primera vez que la vió, pues no llevaba más que un vestido de luto, sin ningún adorno, y todo su tocado consistía en un velo de crespón echado hacia atrás, que dejaba enteramente descubierto su rostro; y como Quintín tenía ya noticia de su elevada cuna, creyó notar en ella una elegancia en su primoroso talle, una dignidad en todas sus acciones que no llamaran antes su atención, y un aire noble que realzaba sus proporcionadas facciones, bellísimo color y ojos llenos de fuego y de vivacidad.

Aun cuando debiese costarle la vida, no dejara Durward de rendir á esta beldad, lo propio que á su compañera, el mismo tributo que acababa de pagar á la dignidad real de la princesa. Ellas le recibieron como damas acostumbradas á las respetuosas demostraciones de los inferiores, y correspondieron con urbanidad: á Quintín hubo de parecerle, sin embargo, acaso por mera ilusión de la juventud, que al rendirle los honores, la más joven se había ruborizado, no se atrevía á levantar los ojos y experimentaba leve turbación, lo cual no podía dima-

nar más que de presentársele á la vista el mismo temerario extranjero que habitaba el torreón inmediato al suyo en la posada de la Flor de lís ; pero ¿ debía tomarse por un indicio de desagrado ? He aquí un problema para él de difícil resolución.

La compañera de la condesita, vestida como ella sencillamente de rigoroso luto, había llegado á aquella edad en que las mujeres hacen mayor caso de la celebridad de una hermosura que empieza ya á declinar. Poseía aún la suficiente para acreditar cuál debía haber sido en otro tiempo el poder de sus atractivos ; y era evidente, atendido su despejo, que tenía presentes sus antiguas conquistas y que no renunciara aún á la pretensión de nuevos triunfos. Era alta, risueña, aunque algo altiva ; y volviendo el saludo á Quintín con una agradable sonrisa de condescendencia, dijo casi al mismo instante algunas palabras al oído de su joven compañera, que volvió la cabeza hacia el militar como para comprobar alguna observación que acabara de hacérsele, y á la que contestó sin levantar la vista. Quintín no pudo menos de sospechar que la observación hecha á la dama joven no era en desventaja suya : y celebró mucho, no sé por qué, el no haber ésta alzado hacia él los ojos para verificar la exactitud. Imaginaba acaso que ya empezaba á existir entre ellos aquella misteriosa simpatía que da importancia á la menor bagatela.

Sólo un instante pudo ocuparle este pensamiento, pues el encuentro de la princesa Juana con aquellas damas extranjeras llamó muy pronto toda su atención. Viéndolas ella entrar se detuvo para aguardarlas, probablemente porque sabía que el andar no le era muy ventajoso ; y como daba muestras de experimentar alguna turbación, recibiendo y volviéndoles sus cortesías, la dama de mayor edad, ignorando su elevada gerarquía, hizo sus saludos con un semblante que al parecer indicaba la persuasión de dispensar mayor honor del que recibía.

— Celebro mucho, señora —le dijo con una sonrisa de condescendencia y de estímulo — que se nos haya por fin permitido disfrutar de la compañía de una persona de nuestro sexo, tan respetable como vos parecéis. Á la verdad, mi sobrina y yo no tenemos que estar muy satisfechas hasta ahora de la hospitalidad del rey Luís. — No me tires de la manga, sobrina

mía; estoy segura que leo en los ojos de esta joven la compasión que le inspira nuestra situación.— Desde nuestra llegada, hermosa dama, podemo decir que se nos ha tratado como prisioneras; después de tantas invitaciones para poner nuestra causa y nuestras personas bajo la protección del rey de Francia, Su Majestad cristianísima nos señaló al principio por toda habitación una infeliz posada, y luégo un rincón de este castillo carcomido, un triste aposento de donde sólo nos permite salir al ponerse el sol, como si fuésemos murciélagos ó mochuelos, cuya apariencia en medio del día debe considerarse como signo de mal agüero.

— Siento mucho —respondió la princesa más turbada que nunca por el giro que iba tomando la conversación — que no hayamos podido hasta ahora recibiros como merecéis. Me lisonjeo de que vuestra sobrina estará más satisfecha.

— ¡ Oh ! sí, mucho ; me faltan términos para expresarlo — exclamó la condesita. — Yo no buscaba mas que un refugio seguro, y he encontrado soledad y secreto. Ya vivíamos bastante retiradas en nuestro primer asilo; pero nuestra reclusión es todavía más completa en este castillo, lo que aumenta á mis ojos el precio de la protección que Su Majestad se ha servido dispensar á unas desgraciadas fugitivas.

— Basta, sobrina mía —dijo la tía. — Todo lo que dices no tiene piés ni cabeza. Hablemos en conciencia, ya que nos hallamos al fin solas con una persona de nuestro sexo..... Digo solas, porque ese joven militar no es más que una hermosa estatua, que ni parece tener acción en las piernas ; por otra parte comprendo que tampoco puede hacer uso de la lengua, á lo menos para articular un idioma culto. No tengo, pues, reparo en asegurar, ya que sólo esta señora puede oirnos, que lo que más siento en este mundo, es haber emprendido este viaje á Francia. Yo me prometía un espléndido recibimiento, torneos, cañas, regocijos, festejos ; y en vez de todo esto, sólo hemos tenido reclusión y oscuridad. La mejor compañía que el rey nos ha proporcionado, ha sido un gitano errante, de quien nos excitó á valernos para seguir correspondencia con nuestros amigos de Flandes. Acaso su profunda política concibió el proyecto de tenernos aquí encerradas por todo el resto de nuestra vida, á fin de apoderarse de nuestros dominios cuando se extinga la antigua casa de Croye. El

duque de Borgoña no ha sido tan cruel, porque al fin ofrecía á mi sobrina un marido, aunque malo.

—Yo hubiera preferido un convento á la mano de un mal esposo—dijo la princesa, que apenas hallaba ocasión para tomar la palabra.

—Siempre quiere una tener por lo menos la libertad de la elección, señora—replicó la dama con mucha volubilidad. —Dios sabe que esto tiene únicamente relación con mi sobrina; pues en cuanto á mí, mucho tiempo hace que renuncié á la idea de mudar de estado. ¿Os sonreís, señora?... Pues yo os empeño mi palabra de que es la verdad; sin embargo, no debe ser esto una excusa para el rey, que por su conducta y figura se parece más al viejo Miguelón, cambista de Gante, que á un sucesor de Carlo Magno.

—¡Silencio!—dijo la princesa con severidad.—Tened presente que estáis hablando de mi padre.

—¡De vuestro padre!—repitió la dama borgoñona con acento de la mayor sorpresa.

—Sí, de mi padre—continuó la princesa con dignidad—yo soy Juana de Francia. Pero no temáis, señora—prosiguió con aquel tono humilde que le era natural—no llevabais idea de ofenderme, y no me considero ofendida. Disponed de mi influencia para hacer más tolerable vuestro destierro, lo propio que el de esa interesante joven... ¡Ah! Vale muy poco; con todo os la ofrezco con la mejor voluntad.

La condesa Amelina de Croye, así se llamaba la extranjera de mayor edad, recibió el obsequioso ofrecimiento de la protección de la princesa con profunda cortesía y muestras de sumo respeto. Había frecuentado largo tiempo los palacios, conocía perfectamente toda su táctica y reputaba por sólido é imprescindible el principio adoptado por los cortesanos de todos los siglos, es decir, que si pueden en sus tertulias y conversaciones particulares afear los vicios y los caprichos de sus amos y lastimarse del poco aprecio que se les muestra, ó del olvido de que no se consideran dignos, no debe escapárseles una sola palabra de esta clase en presencia del soberano ni de ninguna otra persona de su familia. Sintió, pues, en extremo la equivocación que padeciera hablando á la hija de Luís en términos tan opuestos á todas las leyes del decoro. Hubiera, por lo tanto, echado los bofes con tanta excusa y satisfacción

si la princesa no le impusiera silencio y no la tranquilizara algún tanto diciéndole con una amabilidad que no dejaba de tener toda la fuerza de precepto en la boca de una regia persona, que no tenía que cansarse en hablar más sobre este punto si había de disculparse.

La princesa Juana tomó entonces una silla con un aire de dignidad que maravillosamente le sentaba, y dijo á las dos extranjeras que se sentasen á su lado, lo cual hizo la más joven con respetuosa cortedad, que nada tenía de fingimiento, mientras su compañera lo hacía con una apariencia de respeto y humildad tan afectada, que inclinaba á dudar sobre la veracidad de ambos sentimientos. Empezaron las damas su plática, pero con voz harto baja para que Quintín pudiese comprender el asunto de que trataban. Notó únicamente que la princesa prodigaba una atención particular á la más joven é interesante de las dos señoras; y que, sin embargo de explicarse la condesa Amelina con mayor verbosidad, no producían sus exagerados cumplimientos tan buen efecto en la princesa como las concisas á la par que modestas contestaciones de su joven compañera.

Discurriera apenas un cuarto de hora desde que empezó la conversación, cuando se abrió de repente la puerta del extremo inferior de la galería y entró un hombre embozado. Quintín, en cumplimiento de las órdenes del rey, y con ánimo de no exponerse segunda vez á ser reconvenido por negligente, adelantóse sin demora, y colocándose entre el caballero y las damas, intimó á aquél que se retirara al momento.

—¿Por orden de quién?—preguntó el desconocido en tono de sorpresa y de desprecio.

—Por orden del rey—contestó Quintín con firmeza—y yo estoy aquí para hacerla cumplir.

—Esta orden no comprende á Luís de Orleans—dijo el duque desembozándose.

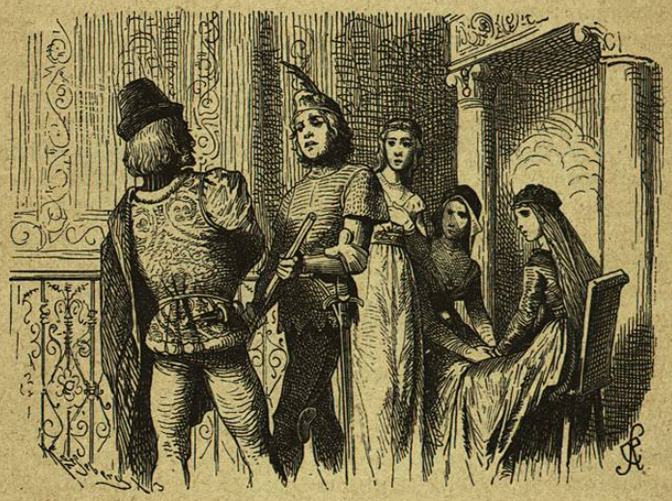
Vaciló un momento el joven centinela; pero ¿cómo era posible oponerse al primer príncipe de la sangre, que, según voz común, iba cuanto antes á enlazarse con la familia real?

—La voluntad de Vuestra Alteza—dijo—es para mí sobrado respetable para que me atreva á contrariarla; pero espero que si llega el caso, se dignará declarar que cumplí con mi

deber, hasta que Vuestra Alteza manifestó tan abierta resistencia.

—Vaya, vaya, joven, que nadie ha de reprenderte por esto —dijo Orleans.

Y pasando adelante, se acercó á la princesa con aquella urbanidad tan tímida que solía manifestar siempre que le hablaba. Dijo que comiendo con Dunois había sabido que habría reunión de damas en la galería de Rolando; y se tomaba la libertad de asistir á ella.



Un ligero rubor que asomó á las pálidas mejillas de la desgraciada Juana y que por un momento comunicó á sus facciones cierta apariencia de hermosura, probó que estaba muy lejos de descontentarla el que se hubiese aumentado la reunión. Presentó al duque á las dos condesas de Croye, las que le recibieron con el respeto debido á su elevada clase; y la princesa señalándole una silla, le convidó á tomar parte en la conversación.

Respondió el duque con mucha gracia que no podía ponerse al nivel de tan hermosas damas, y tomando el almohadón de una silla, púsole á los piés de la condesita de Croye

y se sentó en él, de modo que, sin desairar á la princesa, podía dedicar la mayor parte de su atención á la belleza que tenía á su lado.

Al principio, lejos de ofender á Juana semejante colocación, manifestábase aún satisfecha, y llegaba á estimular al duque á obsequiar á la hermosa extranjera, considerando sus obsequios como hijos del deseo de agradarla por dirigirse á una señorita que se hallaba, según muestras, bajo su protección. Pero el duque de Orleans, aunque acostumbrado á someter todas sus facultades al yugo inflexible de Luís cuando se hallaba en su presencia, sobrábale determinación para abandonarse á sus propias inclinaciones cuando no le sujetaba aquel respeto; y como su elevada clase le permitía salirse del ceremonial de estilo y tomar cierto aire de familiaridad, fueron tan enérgicos y profusamente prodigados los elogios que tributó á la hermosura de la condesa Isabel, acaso porque había apurado más botellas de lo acostumbrado, pues Dunois distaba mucho de ser enemigo de Baco, que al fin se manifestó completamente enamorado y pareció olvidar que estaba delante de la princesa.

Este tono agasajador de que se valía, sólo era agradable á una de las tres damas de la reunión, pues la condesa Amelina vislumbraba ya para lo venidero una alianza con el primer príncipe de Francia: y es preciso convenir en que el nacimiento, hermosura y considerables dominios de su sobrina no presentaran la realización de esta ambiciosa idea imposible á los ojos de todo proyectista que no hiciera entrar en el cálculo de los obstáculos las miras de Luís XI. La condesa Isabel escuchaba los requiebros del duque con encogimiento y turbación, y echaba de cuando en cuando una mirada deprecatoria á la princesa, como para suplicarle que la librase de tal apuro. Pero la sensibilidad agraviada y la timidez natural de Juana de Francia impedíanle hacer un esfuerzo para generalizar la conversación, que por fin, exceptuando algunas exclamaciones de Amelina, fué casi exclusivamente sostenida por el mismo duque, aunque á expensas de Isabel, cuyos atractivos ofrecieron siempre pábulo á su inagotable elocuencia.

No debemos olvidar que existía un tercero, el centinela, en quien nadie soñaba, y que veía disiparse sus lisonjeras vi-

siones como se derrite la cera al influjo de los rayos del sol, á medida que el duque iba enardeciéndose en sus apasionadas pláticas. Al fin, la condesa Isabel de Croye determinóse á hacer un esfuerzo para abreviar esta conversación, que se le hacía tanto más insoportable, cuanto era evidente lo que mortificaba á la princesa el modo de portarse del duque.

Dirigiéndose, pues, á ésta, dijo con modestia, pero no sin resolución, que el primer favor que reclamaría de la protección que se había dignado prometerla, sería que tuviese la bondad de persuadir al duque de Orleans que las damas de Borgoña, sin tener tanto talento y brillo como las de Francia, no eran sin embargo tan necias que no gustasen de otras conversaciones que las que sólo consisten en cumplimientos extravagantes.

—Siento mucho, señora—dijo el duque tomando la palabra con anticipación á la princesa—que hagáis á la vez la sátira de la hermosura de las damas de Borgoña y de la veracidad de los caballeros franceses. Si somos extravagantes y prontos en expresar nuestra admiración, es porque amamos por el mismo estilo que combatimos, sin abandonar nuestro corazón á frías deliberaciones, y nos rendimos á la hermosura con tanta rapidez como triunfamos del valor.

—La hermosura de nuestras compatriotas—contestó la condesita con mayor desdén del que se atreviera á usar con aquel encumbrado galán—es tan poco á propósito para reclamar semejantes triunfos, como el valor de nuestros caballeros es incapaz de ceder á ningún otro.

—Respeto vuestro patriotismo, condesa—replicó el duque—y no me opondré á la última parte de vuestro argumento hasta que un caballero borgoñón se presente á sostenerla con la lanza. Pero en cuanto á la injusticia con que tratáis los atractivos de las damas de vuestro país, apelo á los de vos misma. Miradlos allá—añadió indicándole un gran espejo, que era entonces un objeto tan raro como de gran valor, regalo hecho al rey por la república de Venecia—y decidme examinándolos cuál será el corazón capaz de resistir á ellos.

Oprimida la princesa por el completo desprecio con que la trataba el que debía ser su esposo, dejóse caer sobre su silla, lanzando un suspiro que hizo volver al duque de la región de

las quimeras, y obligó á la condesa Amelina á preguntarle si se hallaba indispuesta.

—Me ha sobrecogido repentinamente un fuerte dolor de cabeza—respondió la princesa Juana—pero se me pasará al momento.

Su palidez progresiva desmintió sus palabras, y la condesa Amelina, temiendo que la acometiese algún desmayo, se dió prisa á llamar para que acudiesen á socorrerla.

El duque, mordiéndose los labios y maldiciendo la indiscreción de su lengua, corrió á avisar á las damas de la princesa que se hallaban en el aposento inmediato: entraron estas precipitadas, y mientras que prodigaban á su señora los socorros acostumbrados en semejantes casos, no pudo menos, como caballero fino, de ayudar á sostenerla y tomar parte en su alivio. Su voz, que tomó el acento de la ternura á causa de la compasión que sintiera y reconvenciones que él mismo se hacía, fué lo que más contribuyó á que volviera en sí, y al mismo tiempo entró el rey en la galería.